



## PLÁTICA IX.

### SOBRE EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

El matrimonio en su origen no fue otra cosa que una sociedad ó union legítima entre el hombre y la muger, establecida por el mismo Dios, para multiplicacion del género humano. Antes de la venida de Jesucristo al mundo era puramente un contrato civil, que por su naturaleza establecia entre los dos consortes un vínculo indisoluble hasta la muerte. Pues aunque Moisés permitió á los judíos que pudiesen darse el libelo del repudio, esto se les concedió, segun el evangelio, por causa de la dureza de su corazon. Mas al principio no fue asi; porque Dios instituyó el matrimonio

como una sociedad indisoluble entre el hombre y la muger: *quod Deus conjunxit, homo non separet.* Es verdad que en la ley antigua fue permitida la poligamia para multiplicacion del género humano; y esto aun á los mas santos patriarcas, como consta, por exemplo, de Abraham y de Jacob. Pero Jesucristo, habiendo cesado ya el motivo de esta permission, restableció las cosas á su origen, y prohibió la pluralidad de mugeres, como consta por el evangelio.

Este contrato, civil en su principio, fue elevado por Jesucristo á la dignidad de sacramento; manifestando en ello su bondad para con los consortes de este indisoluble vínculo, conociendo los trabajos, desazones y amarguras que trae consigo el estado, asi al hombre como á la muger, ya por la contrariedad de genios y carácter, ya para la crianza y educacion de la prole,

ya por los indispensables gastos que se ofrecen para la colocacion de una numerosa familia, á lo cual no alcanzan tal vez las facultades. ¿Qué diré del océano de amargura que mas de una vez tienen que beber á grandes tragos, cuando el furor de los zelos del esposo ó de la esposa despedaza sus corazones? En fin, ¿qué de trastornos de fortuna no turban con frecuencia la tranquilidad de los mas unidos y arreglados matrimonios? Todas estas amarguras, que no son efectos propios del estado conyugal, ni de su institucion, sino desórdenes del pecado, que corrompió la paz y santidad del matrimonio; todos estos trabajos y males, digo, se propuso el Señor aliviarlos y repararlos, elevando este contrato á sacramento.

“Hizo á las bodas humanas, dice un sabio controversista, símbolo de las que celebró el Cordero sin mancha cuando se desposó con la Igle-

sia: *nuptiæ Agni*, dotándola con su sangre, su amor y sus divinos méritos. Ella era esclava del príncipe de los infiernos, que la tenia baxo el yugo y en el choque de sus pasiones, que él habia sabido hacerla amables. Pero su nuevo esposo la libró de la tiranía, comunicándola su libertad santa y sus riquezas. El Mesías habia anunciado por su profeta Oseas que algun dia acabaria su oprobrio y sus infelicidades, haciéndola esposa suya, santa y gloriosa. Yo, dice, te tomaré perpetuamente por mi esposa, contraeré contigo una alianza, que te llenará de justicia, de juicio, de compasion y de misericordia. Tú me serás eternamente fiel, y no dexarás de amarme y de adorarme como á tu Dios.”

Estas magníficas promesas las vemos cumplidas á la letra en la union y el amor infinito de Jesucristo á su Iglesia. Murió por ella en el Cal-

vario ; santificóla despues por las aguas del sacro bautismo ; adornóla de gracias ; dotóla de sacramentos ; proveyóla de pastores y ministros que la defendiesen y velasen por su honor , todo á fin de hacerla aparecer en su presencia llena de gloria y santidad , sin mancha y sin arruga , á pesar de su duracion y permanencia hasta el fin de los siglos. ¡ Misterio inefable el de Jesucristo con su Iglesia !

Con analogía á este misterio instituyó Jesucristo el sacramento del matrimonio. Éste nos representa una union natural y misteriosa al mismo tiempo ; esto es , la del matrimonio cristiano , santificado por una gracia especial , cuyos caractéres análogos explica el Apóstol en su epístola á los éfesos. En primer lugar habla del matrimonio como de una sociedad santa , " formada , dice un sabio , sobre el modelo de la union del Verbo eterno con nuestra

carne , principio de nuestra felicidad y origen de nuestras riquezas espirituales. Segundo, habla de la indisolubilidad de esta alianza. Tercero, de la intimidad y amor que debe producir en el corazon de los consortes. Cuarto , de la mútua adhesion que los obliga á dexar al padre y á la madre , que en ellos se complacian , como Jesucristo dexó en apariencia el seno de su Padre para habitar con los hombres , lo que miraba como sus delicias. Quinto, de la autoridad que pertenece al esposo sobre la esposa , como Jesucristo la tiene sobre su Iglesia. Sexto, del reconocimiento y sumision que la muger debe tener á su esposo. Séptimo, del amor y fidelidad recíproca é inviolable á que se han obligado. Hé aqui el misterio alegórico de que habla S. Pablo , y del que hizo Jesucristo un gran sacramento en la ley de gracia: *sacramentum hoc magnum est.*

Mas no paró en esto su sabiduría y su bondad. Estas relaciones simbólicas que formó entre las bodas del Cordero y las de los cristianos no llenaron sus misericordiosos designios. Se dignó santificar por su gloria esta imágen de la encarnacion del Verbo, que él mismo honró y consagró por su presencia en las bodas de Caná. A este fin concedió al sacramento del matrimonio las gracias necesarias, para evitar los inconvenientes casi inseparables de un estado, en que las flaquezas y debilidades de la humanidad son mucho mas sensibles que en otro alguno.

Pero no olvideis jamas que estos auxilios, asi como se conceden siempre á los fieles que solo atienden á los fines santos del matrimonio en el órden de la providencia; asi tambien se rehusan justamente con frecuencia á los que entran en el estado conyugal por motivos carnales

ó de intereses mundanos. De esta diferencia de enlaces y de conducta dimana de ordinario la felicidad ó infelicidad de los matrimonios. Sea pues vuestro conato, no el de satisfacer vuestras pasiones, sino el de dar hijos útiles á la Iglesia y al estado. Vivid santamente adheridos uno á otro, considerando que representais la union de Jesucristo con sus miembros; la cual ha de continuarse por la caridad eternamente. Si atendeis á este fin, para que Dios os ha unido con vínculo indisoluble, la gracia que confiere el Señor por este sacramento os hará capaces de llevar en paciencia vuestras debilidades, de tolerar vuestros defectos, de perdonaros vuestras faltas, y de consolarnos en vuestras enfermedades y apuros. Esta gracia conservará vuestro cariño y terneza. Por ella conservaréis una mútua fidelidad, y estareis á cubierto de discordias y de zelos, tan duros como el infierno,

segun la expresion del Espíritu Santo. La gracia en fin de este sacramento os hará tolerar la diversidad de los genios, y os suministrará ideas cristianas para la correccion y educacion de vuestros hijos en el santo temor de Dios, para bien de la Iglesia y esplendor del estado. Vosotros sois los primeros cultivadores de estas tiernas plantas, los pastores primitivos de esta pequeña grey. Vean pues ellos resplandecer entre sus padres la union, la paz, el amor y la piedad; y formados á su exemplo, serán dóciles, humildes, obedientes, buenos cristianos y buenos ciudadanos. Amen.



## PLÁTICA X.

SOBRE EL PRIMER MANDAMIENTO  
DE LA IGLESIA.

SEÑORES:

**L**a Iglesia nuestra madre, esposa del Cordero, que quita los pecados del mundo, tiene un derecho incontestable á ser obedecida de sus hijos; y si alguno no la oye ni obedece, debe ser mirado como gentil y publicano, segun el evangelio. Jesucristo la dotó con toda la potestad necesaria para conducir á sus hijos por las sendas de la justificacion, estableciendo leyes que conduxesen á este fin. De aqui el origen y autoridad de sus mandamientos, los cuales obligan en concien-

cia á todo cristiano que desee salvarse. El primero de estos mandamientos es oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar.

Como por el tercer precepto del decálogo mandó el Señor santificar las fiestas, para que los fieles le tributasen en estos dias el honor que le es debido; la Iglesia su esposa, dirigida siempre por el Espíritu Santo, dispuso que en todos ellos asistiessen los cristianos al santo sacrificio de la misa, para ofrecerse á Dios juntamente con su Redentor. Reflexemos pues ante todas cosas qué sacrificio sea este, para inferir de aqui la obligacion y respeto con que debemos asistir á él. Como hablo á un pueblo católico, que conserva en su corazon la religion de sus padres en la fe, y que solo aspira á ser instruido en sus augustos misterios, no me detengo á refutar los delirios de Lutero, Calvino y demas enemigos del Sacra-

mento inefable y sacrificio incruento de nuestros altares.

Dexemos pues por ahora delirar á estos impios, y adoremos nosotros en la misa el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, que el mismo Salvador y la Iglesia ofrecen á Dios por el ministerio de los sacerdotes baxo las especies de pan y vino en continuacion y representacion del cruento sacrificio de la cruz. Es una ofrenda exterior, sensible y observada siempre en la Iglesia católica desde el origen del cristianismo, como consta por tradicion apostólica, y no invento de satánás, como osó blasfemar Lutero. Ofrenda sacrosanta, hecha á Dios, á quien únicamente se ofrece el sacrificio de la misa con todos los demas. Ofrenda hecha por ministros legítimos, cuales son los sacerdotes, que en la respectiva extension de su gerarquía, son todos ministros de Jesucristo, en cuyo lugar obran, y

esto unidos con el pueblo, en cuyo nombre tambien la ofrecen.

Ofrenda inefable, que siempre ha mirado la Iglesia como un sacrificio de propiciacion, no por las ceremonias de la accion exterior, ni por la virtud del ministro, sino por los méritos de Jesucristo, eterno Sacerdote segun el orden de Melquísedech, que inmolado una vez en el ara de la cruz por la redencion del género humano, se digna renovar muchas veces la memoria de aquel sacrificio cruento por medio de una mactacion mística, para ofrecerse de nuevo á su Eterno Padre, baxo las apariencias de pan y vino, por los pecados de su pueblo. Es pues el sacrificio de la misa el mismo de la cruz, pero con esta diferencia; que en el de la cruz la mactacion de la víctima fue real y efectiva; mas en el de la misa la muerte es solo por representacion. Sin embargo es uno mismo el sacri-

ficio; allá cruento, y aquí incruento. Sin que por esto dexé de ser verdadero sacrificio. Pues quando el sacerdote, figura de Jesucristo en la ley antigua, ofrecia delante de Dios la víctima, que antes habia degollado, este era un verdadero sacrificio, sin que fuese necesario que entonces se renovara la muerte real, ó inmolacion sangrienta. Jesucristo pues mactado místicamente por las palabras de la consagracion, es el principal sacerdote de este sacrificio: Jesucristo convierte el pan en su propio cuerpo, y el vino en su propia sangre: Jesucristo se ofrece á su Eterno Padre, presentándole sus llagas y el infinito precio de su muerte, para obtener el perdon de sus hijos los fieles, que asisten á este incruento sacrificio: Jesucristo se sirve de los sacerdotes, para que como órganos é instrumentos visibles y animados, ocupen su lugar en este sacrificio; pero hablan por

Tomo XIX. H

boca del mismo Jesucristo, y usan de sus mismas palabras cuando para obrar la transubstanciacion y mac-tacion mística dicen: *este es mi cuerpo....esta es mi sangre....*

Hé aquí en sumario lo que la religion nos enseña acerca de este adorable sacrificio. Desde que el Mesías mediador fue anunciado á los hombres para reconciliarlos con Dios, les fue tambien revelado que no tenían otra esperanza ni recurso para la salvacion, que el infinito precio de la muerte y sacrificio de este Salvador. Este fue siempre el grande objeto de los ardientes deseos de los justos, de sus votos, sacrificios y ofrendas. De esta fuente inagotable manaba todo el mérito de sus buenas obras, y ninguno se salvaba sin estar animado en la fe del sacrificio de este Mesías venturo, cuya presencia real nosotros adoramos en este augústo Sacramento y sacrificio de nuestros altares.

La ley de Moisés, que como emanada de Dios, era santa, anunciaba este perpetuo sacrificio por medio de otros muchos é innumerables ofrendas. Mas como los judíos las profanaron, y con el tiempo habian de perseguir de muerte á su verdadero Mesías, declaró el Señor que perderian su culto y su proteccion. Anunció pues el establecimiento de una nueva religion, en la cual seria glorificado su nombre, no como otras veces, únicamente en la Judea, sino desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodia; y que por todo el mundo se le ofreceria el sacrificio de una hostia pura y santa; y que su nombre, concluye por el profeta Malaquías, seria exáltado y santificado entre todos los pueblos del universo.

Tal es el sacrificio de la misa: sacrificio real, en el cual se contiene Jesucristo verdaderamente, y donde se presenta baxo esta figura



de muerte ; pero sacrificio de conmemoracion , que lejos de separarnos del sacrificio de la cruz , nos aplica á él por todas circunstancias, siendo uno mismo en substancia, sin otra diferencia que la de ser in-cruento. Por lo demas , á él se refiere , y de él dimana á nosotros toda su eficacia. Esta es la doctrina expresa de la Iglesia católica. Declárala en el concilio de Trento. Este sacrificio , dice , fue instituido para representar el que una vez fue executado en la cruz , para perpetuar su memoria hasta el fin de los siglos , y aplicarnos su virtud saludable para remision de los pecados que diariamente cometemos.

Este es el sacrificio de la misa , al cual nos manda la Iglesia nuestra madre asistir todos los dias festivos. El precepto expreso , la dignidad de la ofrenda , lo adorable del sacrificio y nuestro propio interes nos obligan ( no impidiéndolo la enfer-

medad , ú otra causa legítima ) á la entera asistencia de la misa ó santo sacrificio en estos dias.

El que faltare pues al cumplimiento de este precepto de la Iglesia sin una causa legítima , calificada no por él , sino con dictamen de los médicos de alma y cuerpo , pecará mortalmente , y ademas quedará privado de los frutos que es capaz de producir en el alma este santo sacrificio. ¡ Con cuánta fe , señores , con qué confianza , con qué veneracion y respeto debeis asistir á esta ofrenda sacrosanta ! Únicamente la fe es capaz de descubrirnos los grandes misterios que encierra este sacrificio. Nada asimismo es mas capaz de excitar la confianza de los pecadores , y de animar su piedad , que la consideracion de ver á Jesucristo ofreciéndose él mismo por nosotros á su Eterno Padre. ¿ Qué diré de la veneracion y respeto con que debemos

asistir á la accion mas santa, mas augusta de la religion, qual es el sacrificio de la misa? En ella Jesu-  
cristo se ofrece él mismo á Dios por la salvacion de los pecadores. Por consiguiente todos los fieles deben ofrecerse á sí mismos por el ministerio de los sacerdotes y con ellos mismos, juntamente con el Cordero de Dios, que está alli real y verdaderamente para aplacar la ira del Señor, tributarle adoracion, pedirle misericordia, y darle gracias por sus inefables beneficios. Consideraciones santas y altísimos fines que deben ocupar el espíritu del cristiano quando asiste al sacrificio de la misa.

¡Mas ó tiempos, ó costumbres, ó escándalo de la religion! ¿Qué es lo que vemos en el templo, con el pretexto de venir á misa? ¡Ah, qué vergonzosa confusion, señores! El templo, donde manda Dios entrar con pavor, la casa del Señor, el paraíso de sus delicias sobre la

tierra, convertido ya en tertulia de conversacion. El sacrificio propiciatorio de la misa por vivos y difuntos, sirviendo de pretexto, y su asistencia de ocasion para hacer ya ostentacion del luxo y de la moda, por mas criminal y detestable que sea. ¿No os basta, os ruego, personas jóvenes de uno y otro sexó, no os basta haber irritado á Dios injuriándole en las calles, plazas y teatros, sino que venís á insultarle en su propia casa, profanando su adorable sacrificio con la vanidad, la cita, la seña y la palabra inmodesta?

¡Ah! si en el momento que aqui hablo revelára Dios (como lo hará el dia de la cuenta) los pecados que cometen los cristianos en el templo quando vienen á la asistencia del santo sacrificio de la misa, veriais ser mayores que las abominaciones que manifestó el Señor á Ezequiel, conduciéndole en espíritu al templo

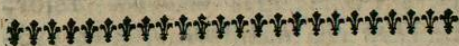
de Jerusalén. Registrad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis un testimonio irrefragable de esta verdad. Avergonzaos pues y confundios al ver que los paganos mismos y los sectarios de falsas religiones tienen mas veneracion á sus vanos sacrificios, y mas respeto á sus templos, que los cristianos de nuestros dias al sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo y á la casa de Dios vivo, propiciatorio de sus gracias. Oid á un gentil para confusion vuestra. "Entramos en el templo, dice, con la mayor modestia; y al acercarnos al sacrificio baxamos la cabeza y preparamos la ropa con la mayor compostura, altamente persuadidos á que todos los males que nos sobrevienen dimanen de nuestra falta de veneracion en el templo." Si esto es asi, dice S. Agustin, ¿qué deberemos esperar nosotros, que profanamos diariamente el santuario del verdadero Dios y

sus mas augustos misterios?

¡Ah! cuánto es de temer, profanadores del templo y del santo sacrificio, recaiga sobre vosotros la terrible sentencia que fulminó el Señor en la ocasion por Ezequiél: *mis ojos no los perdonarán, ni me compadeceré de ellos; y cuando clamen á grandes voces, no los oiré.*

S. Pablo hablando á los corintios confirma mi temor cuando dice: *si alguno violare el templo de Dios, el Señor lo destruirá.* Isaías da la razon de esto, diciendo: *obró iniquidades en la tierra de los santos, y no verá la gloria de Dios.* A fin de no incurrir en semejante infelicidad, nos intima la Iglesia nuestra madre, congregada en el santo concilio de Trento, la veneracion, el respeto, la devocion con que se debe celebrar y oir la misa, este adorable y divino sacrificio, acto el mas sublime de la religion, amenazándonos con la maldicion que impone la es-

critura á los que executan la obra de Dios con negligencia ó fraudulencia. Respetemos pues el templo, casa del Señor y de oracion; adoremos con espíritu de compuncion y de fervor la sagrada víctima del Cordero de Dios, que en él se sacrifica diariamente para redencion de nuestros pecados; y no profanemos tan augusto sacrificio, digno de nuestra gratitud, de toda gloria, alabanza y accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.



## PLÁTICA XI.

SOBRE EL PRECEPTO DE LA CONFESION.

El segundo mandamiento de la Iglesia es que todos sus hijos confiesen sus pecados, á lo menos una vez en el año. Por este precepto somos obligados, no solo á llorar en secreto, y detestar nuestros crímenes, sino á manifestarlos con claridad al ministro de la reconciliacion, para obtener el perdon de ellos. Por mas dura que á primera vista aparezca esta práctica; por mas que humille nuestro orgullo y amor propio, ella ha sido siempre la de toda la Iglesia, establecida por los apóstoles, y conservada sin contradicion por el espacio de mas de catorce siglos, á pesar de la repugnancia que á la naturaleza cuesta humillarse. Estaba